

La colección
Regiones
en seis años
y 68 títulos

Una de las vertientes más dinámicas de las ciencias sociales en la década de 1980 fue sin duda la de la investigación regional. En el transcurso de esos años se abrieron maestrías y diplomados en el Distrito Federal y en varias ciudades del país, se dieron cursos y seminarios con esa orientación, se publicaron libros y revistas con ese sello. Aunque la docencia de tema regional puede ser vista como la expresión de la existencia previa de investigaciones de esa índole, ella misma, a su vez, contribuyó a la hechura de nuevos y novedosos estudios. De esa fuente abrevó la colección *Regiones* para seleccionar muchos de sus títulos. Podría decirse que un colofón importante del esfuerzo de las ciencias sociales mexicanas en los años ochenta fue la puesta en marcha de la colección *Regiones*, iniciativa que, diseñada e impulsada por Carlos Martínez Assad, fue sabiamente acogida por la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. A través del Primer Concurso Nacional de Investigación Regional, conovocado por única vez en 1990, la colección no sólo premió y publicó los mejores trabajos, sino que además conoció y difundió otras investigaciones de carácter regional.

De acuerdo al último catálogo de la Dirección General de Publicaciones (1995), en sus seis años

JORGE DURAND ♦

Colección
Regiones del
Consejo Nacional
para la Cultura
y las Artes
México, D.F.,
Conaculta.
1989-1995.

♦ Desmos/UdeG



de existencia, es decir, entre 1989 y 1995, la colección *Regiones* dio a la luz pública un total de 68 títulos. Es decir, más de diez volúmenes por año, aunque no fue así de parejo. A partir de un comienzo tímido: dos trabajos de tema y región muy distintos -*Huastecos y Totonacos y Reestructuración industrial*- publicados en 1989, la colección registró sus años más prolíficos en 1990, 1991 y 1992, cuando se editaron 17, once y 17 trabajos respectivamente. A partir del año siguiente las publicaciones no pasaron de diez: en 1993 se redujeron a seis títulos, cifra que se incrementó apenas en 1994 con ocho novedades y disminuyó otra vez a siete en 1995, año, al parecer, último de la colección.

A diferencia de otras colecciones -como *Sep 70s o Lecturas Mexicanas*- que han organizado sus títulos de acuerdo a una secuencia numérica convencional, la colección *Regiones* optó por una clasificación de tipo cromática, con base en la cual agrupó varios estados que dieron lugar a cada una de las ocho regiones en que se dividió el país, más una de miscelánea que agrupó los trabajos de región indefinida o tema más amplio. Así, el lector de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas puede identificar por el color gris de sus portadas los libros que corresponden a la región noreste. Los interesados en el noroeste, es decir, en los estados de Baja California Norte, Baja California Sur, Chihuahua, Sinaloa y Sonora pueden irse de frente hacia los libros de color azul-morado. Por contraste, el color ocre reunió los trabajos del centro norte, que incluyó Aguascalientes, Durango, San Luis Potosí, Zacatecas. Las siete entidades consideradas propiamente del centro -Estado de México, Guanajuato, Hidalgo, Morelos, Puebla, Querétaro,

Tlaxcala- pueden ser fácilmente detectadas por el color naranja. En ese mismo rumbo cromático, pero ya de color café, se reunieron los cuatro estados del occidente: Colima, Jalisco, Michoacán y Nayarit. Las entidades del Golfo -Tabasco y Veracruz- compartieron el color azul, pero en un tono distinto al del noreste. Los del sureste -Campeche, Quintana Roo y Yucatán- son reconocibles por el color amarillo y los del sur -Chiapas, Guerrero y Oaxaca- por el color verde. Los títulos de la miscelánea suelen ser de color morado.

En su corta existencia *Regiones* acumuló a lo menos cuatro importantes aciertos. Uno de ellos fue la indudable sensibilidad de sus editores para captar investigaciones recientes realizadas directamente en las regiones de estudio y realizadas, en su gran mayoría, por estudiosos de las mismas localidades. De este modo, la colección *Regiones* se convirtió en una importante alternativa de difusión nacional para investigadores y autores, en muchos casos jóvenes, que no suelen encontrar acogida en editoriales que prefieren la seguridad de los nombres consagrados. Por lo regular, la colección recogió investigaciones de primera mano, basadas en fuentes y materiales locales y regionales. Por otra parte, *Regiones* privilegió la publicación de trabajos de investigación personales o, dicho de otro modo, eludió la compilación de artículos presentados en eventos académicos, esa práctica académica tan socorrida de los últimos tiempos. Finalmente, prefirió a los autores nacionales y los trabajos recientes. Sólo a últimas fechas (1995), y al parecer bajo nuevas directrices, se dio cabida a la traducción de dos obras de autores extranjeros publicadas originalmente en inglés: una



compilación de textos en torno a *La familia en el México urbano* y *La necesidad obliga*, una investigación sobre Oaxaca.

A través de la vida de peones, rancheros y hacendados, migrantes y viajeros, indios y ladinos, prelados y políticos, aristócratas y pobrerío, la colección *Regiones* puso al descubierto una historia patria o, si se quiere, patria -como diría don Luis González- que no había sido contada y que más bien había sido apabullada por los estudios dedicados a dar cuenta del fragor de las gestas y epopeyas nacionales. La colección *Regiones* dio cabida a esas historias y microhistorias del mosaico regional que matizan, relativizan, de cualquier modo enriquecen y hacen dinámica, aunque indudablemente más compleja, a la sociedad mexicana.

Pero además lo hizo privilegiando temas y perspectivas de análisis originales, reflejo de las maneras actuales de concebir y hacer investigación social. A diferencia de otras colecciones que se apoyan en reediciones, siempre necesarias pero de algún modo conocidas, *Regiones* asumió el riesgo de la novedad. Así, la sociedad indígena fue estudiada más allá del tratamiento monográfico convencional. Los estudios publicados en la colección hicieron hincapié en problemas de investigación: las formas de resistencia de los indígenas, la construcción de sus nuevas identidades. El lector encontrará alrededor de quince títulos sobre esas nuevas maneras de entender a la sociedad indígena en diversas regiones del país, sobre todo en Chiapas; en menor medida, en Oaxaca, Yucatán y Michoacán. Desde antes de lo sucedido en enero de 1994, *Regiones* había dado cabida a trabajos

que hablaban de la historia turbulenta y las precariedades eternas de los indígenas chiapanecos.

La colección incluyó un título fundamental acerca de la etapa precolombina -*México prehispánico*, una recopilación de textos de Ángel Palerm- y varios trabajos novedosos de diverso tema respecto a la etapa colonial y el siglo XIX: procesos de fundación y guerras regionales; historias agrarias y agrícolas de hacendados, rancheros e indígenas; personajes y grupos de poder; sistemas de trabajo. El porfiriato y los movimientos sociales de contradictorio signo -cristeros, agraristas, obreros- que abundaron hasta los años treinta están representados en por lo menos seis títulos de tema y región variados, pero que comparten una perspectiva crítica para entender períodos y procesos satanizados o endiosados por la historia oficial. Al mismo tiempo es posible encontrar microhistorias del otro lado, es decir, de las burguesías y actividades empresariales que empezaron a conformarse en estados tan distantes y distintos como Puebla, Guanajuato, Jalisco o Yucatán.

La sensibilidad de los editores permitió a la colección dar cuenta de dos procesos emergentes pero decisivos de la dinámica nacional y regional de las últimas décadas. Por una parte, la creciente importancia de la amplia frontera norte y la complejidad de sus fenómenos. De allí que una decena de títulos estén dedicados a la historia de la formación regional y al análisis de sus problemas contemporáneos: urbanización, maquiladoras, sindicalización. Por otra parte, en *Regiones* es posible encontrar a lo menos cuatro títulos que analizan los fenómenos socio-económicos y demo-



gráficos asociados a la creciente importancia de la migración entre México-Estados Unidos desde la región occidental del país, el territorio más antiguo de ese proceso.

En general, la región occidental del país es la que está mejor representada en la colección. De los 16 títulos que se refieren a los estados de Aguascalientes, Colima, Guanajuato, Michoacán y Jalisco, llama la atención la predilección por los trabajos de tipo histórico de índole política que dan cuenta de los procesos de conformación -también de confrontación- territorial, cultural y política de cada entidad en diferentes momentos históricos.

Esta abundancia de títulos en torno a algunas regiones va más allá de la vigencia o urgencia de los temas y problemas tratados. El hincapié de la colección en territorios, como el del noreste o el occidente, tiene mucho que ver con el grado de desarrollo y madurez de la investigación social en ambas regiones. De este modo, la colección *Regiones* puede ser vista como un excelente muestrario del avance del conocimiento en ciertos espacios y, al mismo tiempo, de la precariedad científica, quizá también de la ausencia de instituciones académicas en otros ámbitos.

Aunque los autores de *Regiones* provienen de variadas disciplinas de las ciencias sociales, han prescindido del señalamiento de fronteras rígidas y han dejado de lado rivalidades añosas. La impronta más que disciplinar ha sido interdisciplinar y todos hemos salido beneficiados. La historia, la antropología, la sociología y, en menor medida, la demografía son las disciplinas de origen de los autores, pero casi todos han recurrido a métodos

y técnicas de sus colegas con el fin de sacar el mejor provecho posible a materiales e ideas.

Por todo lo anterior, se puede asegurar que la colección *Regiones* ha dejado huella en la trayectoria de las ciencias sociales tanto por la relevancia y pertinencia del proyecto como por la calidad de los textos que lograron difundirse. Desafortunadamente su destino quedó sujeto al sino sexenal. Con todo, pudiera ser que la previsión de los arquitectos de este proyecto permita conjurar la fatalidad. A diferencia de otras colecciones *Regiones* no quedó enmarcada en límites numéricos como *Los noventa* o *Los Cien de México*. La gama cromática que acogió los estudios regionales ha quedado abierta. Y la vida en las regiones y recodos del México profundo y desconocido seguirá fluyendo como una vertiente permanente y generosa de historias, ideas, temas y problemas que bien merecen seguir siendo conocidas, comentadas y debatidas por los lectores de todas las regiones. ☞



Los vecinos
de la Sierra en la
pluma de
Patricia Arias

Agradecí y acepté la invitación de presentar ante el público de Guadalajara la nueva criatura intelectual de Paty Arias por sentirme familiar de la recién nacida, por ser parte de la moda que recibe el nombre de historia patria. Sin proponérmelo, en 1967 me enredé con mi terruño, vecino al de Concepción de Buenos Aires; propuse, ante colegas incrédulos, la importancia de la historia de las sociedades consideradas sin historia; ensayé en la investigación de los estudios de la vida cotidiana de la gente común, el método microhistórico, y tuve que asumir la defensa de la vida local y microhistórica en tres libros: *Invitación a la microhistoria*, publicado en 1973 y otros dos, hermanos en forma y fondo del primero. Por estos antecedentes y por ser autor de un prólogo innecesario al volumen microhistórico sobre *Los vecinos de la Sierra* me siento en familia. La presentación en que participo es fácil por ser el libro que se presenta marcado por las tres “b”. Es bueno, bonito y barato.

Dentro de la arrugada superficie nacional han quedado al margen del conocimiento muchas sierras. Todavía la mayor parte de las montañas siguen siendo zonas del México desconocido. Economistas, antropólogos y demás científicos sociales se han concentrado en los fecundos valles y en

LUIS GONZÁLEZ

Arias Patricia,
Los vecinos de la Sierra.
Microhistoria de Pueblo Nuevo,
Guadalajara,
UDEG, CNCA,
1996, pp.324.



las urbes que florecen en ellos. Casi todas las serranías siguen envueltas en el misterio. En algunas personas inspiran terror, pero en la mayoría, solo curiosidad. Son seguramente dignas de develación.

Todas pertenecen a una de las cuatro cadenas que reciben los nombres de sierras madres del Oriente, Poniente, Sur y Centro. Ésta, la menos ignota, es la más feroz. Por algo se llama Eje Volcánico. En él, no obstante las erupciones volcánicas, viven millones de mexicanos, los más son urbícolas y famosos desde la antigüedad prehispánica y los menos, ignotos y cerriles. Algunas regiones serranas del Eje Volcánico fueron el principal asiento de muchas etnias indígenas desde antes de la llegada de los barbudos españoles. Otras parecían estar reservadas, o casi, para mestizos y criollos, es decir, para los frutos de la conquista. Este es el caso de la región llamada Sierra del Tigre, al que pertenece un verdadero espinazo diabólico que se desprende de la Meseta Tarasca y se rompe en la depresión de Zapotlán, que sube del lago de Chapala y se pierde antes de llegar a Tamazula.

La mayoría de los pobladores de la Sierra del Tigre son nuevos y varipintos. La excepción de algunos mazamitlecos no hace verano. La gran mayoría de los hombres de estos rumbos pertenece a la raza que Vasconcelos llamó cósmica. A estos lares vinieron a parar abundantes criollos y personas de piel de bronce y de ébano, y sobre todo, mestizos de las tres razas. La mayoría llegaron en plan de perseguidos. Muchos huyeron de la penosa vida de los llanos coloniales, y quizá un número mayor, de las medidas represivas que

tomó el gobierno virreinal contra los insurgentes de la laguna de Chapala. Otros se remontaron durante las guerras posteriores del siglo XIX. Entre todos, fundaron nuevos pueblos en la segunda mitad de ese siglo: Concepción de Buenos Aires, Manzanilla de la Paz, Valle de Juárez y San José de Gracia. En todos los pueblos nuevos se ha suscitado recientemente el fervor historiográfico, las ganas de darse historias fidedignas. La que presentamos aquí y ahora es una excelente muestra de la “historitis” pueblerina reciente.

Los vecinos de la Sierra del Tigre, afincados en Concepción de Buenos Aires, dieron con la persona adecuada para reconstruir la historia de su terruño; pactaron con Patricia Arias, que combina los métodos de la antropología y de la ciencia de Clío y que es autora de un par de excelentes tratados de asunto local. Patricia Arias, nacida en Santiago de Chile, fue desde muy joven ganada para México. La recuerdo como una figura fina, de mirada penetrante, de voz baja y de movimientos alados que se incorporó en 1979 al recién nacido Colegio de Michoacán. Allí sirvió muy eficazmente como investigadora y jefa del Centro de Estudios Antropológicos. Poco después voló a Francia. En 1990 obtuvo el doctorado en *Geographie et Aménagement* en la Universidad de Toulouse. El jurado de examen le otorgó el muy apetecido reconocimiento de *Trés Honorable*. La solidez académica de la Dra. Arias sólo ha sido superada por su diligencia profesional. Ha desempeñado con sobresaliente eficacia funciones académico-administrativas, docentes, congresiles y autorales. En los últimos quince años ha escrito doce volúmenes de otros tantos temas, y cosa de cien artículos.



La doctora Arias, madre de dos jovencitas y más de un centenar de textos publicados, esposa del doctor Jorge Durand, tan fecundo y brillante como ella, se mete ahora con un buen tema del México desconocido. Saca a luz la historia de un municipio serrano, de aires frescos, de árboles, vacas y jinetes; con cabecera de calles rectilíneas, anchurosas y empedradas, donde lucen los monumentos y otras construcciones de don Rafael Urzúa. En este libro se cuentan y aclaran muchos incidentes de las revoluciones de Independencia, Reforma y Revolución Mexicanas. Brillan por su ausencia las figuras de héroes y próceres nacionales y lucen por su presencia distinguidos sacerdotes, hacendados, arquitectos, militares, cristeros y agraristas de la región estudiada. Patricia Arias recobra, según los dictados de las ciencias sociales, a la manera de los buenos antropólogos e historiadores, con orden y concierto, la fundación y el desarrollo del célebre pueblo fundado por el padre Romo en 1869. La Dra. Arias realiza una gigantesca labor de recolección de fuentes en la que recibe muy valiosa ayuda de tres sobresalientes vecinos de Buenos Aires: don Salvador Yáñez que hurgó, con gran provecho, en los archivos del arzobispado de Guadalajara y de varias parroquias de la región; don Jesús Torres Contreras que anduvo metido en los archivos civiles; don Elías Contreras que fue el tercer mosquetero de la gran hazaña historiográfica y antropológica encabezada por la Dra. Arias en el bienio 1993-1994.

Al contrario de lo que acontece con muchos libros de historia escritos por profesionales, de libros que surgen de los cementerios documentales y van a parar, sin ser objeto de lectura, a la tumba

de las bibliotecas, éste, seguramente, será muy leído. Supongo que, de aquí en adelante, los alumnos que acuden a las escuelas del municipio de Concepción de Buenos Aires ingresarán al saber histórico por el camino placentero que les ofrece la Dra. Arias. No puedo imaginarme a ninguna persona de Pueblo Nuevo que sepa leer y no lea la obra de Paty. Vislumbro a otros vecinos de la Sierra del Tigre y sus alrededores entregados a la lectura de esta microhistoria de un pueblo próximo. Los lectores común y corrientes de la región serrana acudirán, sin duda, a este panal de rica miel. Por otra parte, si el don de profecía no me engaña, estas páginas irán a muchos lugares distantes y distintos. Quizá en el mundo académico, donde suele haber infiltraciones de la envidia, se le propinen algunos coscorrónes injustos. La gran mayoría de antropólogos y hurgahistorias lo recibirán con los brazos abiertos.

Al interrogatorio que suelen hacer los chicos de la prensa periódica y los locutores de radio y televisión respondo con una vasta colección de “sies” entusiastas. Si alguien me pregunta sobre lo novedoso de la obra, contesto: sí, es libro original por el tema y por el enfoque. A la interrogación sobre la calidad de la hechura del libro, respondo sí, es muy profesional. A quienes indagan sobre la utilidad de *Los vecinos de la Sierra* les digo que la autora, sin proponérselo, ha hecho historiografía pragmática-ética de muy buena calidad. Al que me salga con la duda de si es libro legible, le contestaré contundentemente: sí, es una obra placentera. ¿La recomienda?. Sí, sin lugar a dudas. ¿Ejercerá influencia en el futuro?. Sí, mientras perdure la ventolera microhistórica. ¿Mere-



cen las autoridades de Pueblo Nuevo una felicitación por el libro que han patrocinado?. Sí, y ojalá otras sigan su ejemplo.

Resumo: el libro que se presenta aquí y ahora descubre la vida y el significado de una porción importante de la sociedad ranchera, serrana y mestiza del México desconocido. El descubrimiento se ha logrado por las rutas de la antropología y la historia. Pese a la seriedad de los métodos utilizados se ha conseguido un texto de lectura fácil. No obstante haber sido hecho con el propósito puramente científico de ensanchar el conocimiento de la sociedad mexicana, las informaciones y los comentarios contenidos en esta obra servirán al desarrollo y la buena marcha de las comunidades rancheras y serranas; y, de manera sobresaliente, a la ciudad y el municipio de Concepción de Buenos Aires, del dinámico Pueblo Nuevo y su escolta de rancherías. ☰ ☱